



STO TOMAS DE AQUINO, C.

llama celestial, y que arda mi corazon con aquel divino fuego que el Salvador vino á encender en la tierra, deseando tanto que se pegue á los corazones: y juntamente con esta caridad alcánzame de Dios la gracia que particularmente te pido en esta novena, si es para mayor gloria suya, y para salvacion de mi alma. Amen. »

DIA SÉPTIMO.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, CONFESOR.

Santo Tomás, ornamento grande del estado religioso, una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo, y uno de los mayores santos y de los mas esclarecidos doctores de la Iglesia, fué italiano: debió su origen á una de las mas nobles familias de todo el reino de Nápoles. Landulfo, su padre, era de la ilustrísima casa de los condes de Aquino, entroncada con los reyes de Sicilia y de Aragon; y Teodora, su madre, fué hija del conde Quietí, descendiente de los principes normandos, conquistadores en otro tiempo de los reinos de Nápoles y de Sicilia. Nació Tomás al mundo en el mes de marzo de 1225, hallándose su madre en el castillo de Roca-Sicca, poco distante de la ciudad de Aquino. Pusieronle el nombre de Tomás, como lo habia anunciado con anticipacion un venerable ermitaño, pronosticando al mismo tiempo los importantes servicios que aquel niño habia de hacer á la Iglesia.

No tardó en confirmarse el vaticinio de este varon venerable con un singular suceso. Notó un dia el ama que le criaba, que tenia un papelito en la mano, y queriendo quitárselo, lo apretó tanto entre sus ma-

necitas el niño, á la sazón de solo un año, lloró y se afligió de tal modo, que se vió precisada á desistir del intento; pero la condesa su madre, picándola la curiosidad de saber lo que contenía el papel, se lo arrancó con violencia, y quedó extrañamente sorprendida cuando vió que en él estaba escrito el *Ave Maria*. El llanto, los gritos, y los sentimientos del niño fueron tantos, que para acallarle, fué preciso restituirle el papelillo; más apenas lo volvió á ver en sus manos, cuando con entrambas lo aplicó apresuradamente á la boquita, haciendo ademán ansioso de tragárselo. Halláronse presentes á este extraño suceso muchos testigos, y todos pronosticaron que algun día sería el niño Tomás tan gran santo como fidelísimo siervo de María.

Todas sus inclinaciones iban derechas á la piedad; y para cultivarlas mejor, á los cinco años le enviaron sus padres á que se criase entre la nobilísima juventud que estaba á cargo de los monjes en el Monte Casino. Apenas dejó que hacer á la educación su natural bello y feliz. Anticipábase á las instrucciones su inclinación genial á la virtud. Nada le divertía sino el estudio y la oración; lo que movió á aconsejar á su padre el abad que sin perder tiempo le enviase á la universidad.

En ella aprendió con feliz suceso las letras humanas y la filosofía; pero aunque eran grandes sus progresos en las letras, fueron sin comparación mayores en la ciencia de los santos. Conservó el candor de la inocencia en medio de la corrupción del siglo; pero temeroso del naufragio, buscó puerto, y conociendo el peligro, buscó asilo. Hallólo seguro en el celeberrimo orden de predicadores, que aunque todavía en la cuna, ya no cabían en el mundo las maravillas que obraba, y renovando el antiguo lustre del estado religioso, edificaba entonces, como edifica hoy, á toda la Iglesia, ya con las virtudes heroicas de sus esclare-

cidos hijos, ya con su sabiduría profunda, ya con los portentosos efectos de su apostólico zelo. Fué recibido Tomás en el convento de Nápoles á los diez y ocho años de su edad; y á los primeros días de novicio, no solo era edificación, sino dechado á los perfectos.

Pasmo al mundo, poco acostumbrado entonces á semejantes empleos, el retiro de un jóven de aquella calidad y de aquellas esperanzas. Sus parientes quedaron atónitos; y noticioso el novicio de que su madre se encaminaba á Nápoles con resolución de sacarle de la religión, rogó al prior que le trasladase á Roma. A ella le siguió la afligidísima señora; y no encontrándole ya, porque los superiores le habían enviado á París para perfeccionar allí sus estudios, no por eso desmayó ni desistió del empeño.

Escribió sin perder tiempo á sus dos hijos mayores Landulfo y Reinaldo, que servían en las tropas del emperador Federico, y se hallaban á la sazón en Toscana, que no perdonasen diligencia alguna para coger á su hermano Tomás, y que le enviasen con buena escolta. Obedecieronla, siguiéronle, alcanzáronle, prendiéronle, y le remitieron á la madre bien asegurado.

La condesa que se vió con Tomás en su poder y á su disposición, empeñada mas que nunca en desviarle del estado religioso, se valió de cuantos artificios la sugirieron el amor y la industria para arrancarle la vocación, y para obligarle á dejar el hábito que vestía: ruegos, razones, lágrimas, lisonjas, amenazas, todo lo empleó aquella señora; pero todo sin provecho. Tan inmóvil Tomás en su vocación, como atento á las leyes de la modestia y del respeto, la respondió con filial veneración, pero con generosa constancia, que siendo Dios su primero y su soberano dueño, era antes el rendimiento á su voz, que la complacencia á las sugestiones de la carne y de la sangre; y que pues

este Señor le llamaba á religion, suplicaba á sus parientes que no se cansasen inútilmente en poner estorbos al destino adonde el cielo le llamaba. Viendo la madre desairados sus esfuerzos, y que nada adelantaba, encomendó la empresa á una hija suya, dama de singularísimo respeto, fiando á su discrecion, á sus razones, á su arte y á sus lágrimas el triunfo de la resistencia de Tomás; pero como este adquiria cada dia nuevas fuerzas recurriendo á la oracion, se defendió del nuevo violento ataque con tan feliz suceso, que no solo no se entibió en el fervoroso empeño de mantenerse en el estado que tenia, sino que supo persuadir á su hermana á que imitase su ejemplo, abrazando el mismo estado, como lo ejecutó en el convento de santa Maria de Capua, donde fué abadesa, terminando en él santamente su ejemplar vida.

No fué tan feliz en los efectos, pero fué mas meritoria en la fatiga y mas gloriosa para el santo, la victoria que consiguió de sus hermanos. Restituídos del ejército á su casa Landulfo y Reinaldo, se aconsejaron solo con el orgullo y con el espíritu de soldados, y quisieron llevar el negocio con fuerza declarada. Encerraron mas estrechamente á Tomás en la torre del castillo, arrancáronle el santo hábito con violencia militar haciéndolo mil pedazos, y se empeñaron en cansar su perseverancia al rigor de inhumanos tratamientos. Halláronle inflexible; y escuchando únicamente las voces de la pasion, desatendiéndolo á los gritos de su religion y de su sangre, intentaron rendir dulcemente por la sensualidad y por el deleite al que no habian podido vencer por rigor ni por violencia. Discurrieron (y no discurrieron mal) que presto perderia la vocacion como perdiese la gracia; y con esta diabólica idea introdujeron en el cuarto de la torre á una jóven cortesana, la mas desvergonzada que en aquel tiempo hubiese.

El ataque fué violento, y Tomás conoció toda la fuerza del peligro. Levantó el corazon á Dios, imploró el auxilio de Maria, y viendo cerradas las puertas á otro arbitrio, cogió intrépidamente un tizon que encontró en la chimenea, y con él puso en precipitada fuga á aquella infeliz mujer. Aun duraba el sobresalto en que le puso sola la aprension del riesgo, y sin dejar el tizon de la mano, formó con él una cruz en la pared: postróse ante aquel Señor á cuyos poderosos auxilios atribuia todo el honor de la victoria, y en el mismo instante le dedicó con voto su perpetua castidad.

No tardó el Señor en recompensar la generosa fidelidad de su purísimo siervo; porque habiéndose quedado dormido, sintió que dos ángeles le apretaban los riñones con un cingulo en señal del don de pureza que se le comunicaba, y desde aquel punto, como lo atestiguó el santo pocos dias antes de su dichosa muerte, jamás volvió á sentir los molestos estímulos de la carne.

Supieron los frailes de la órden cuanto habia pasado; y no menos prendados de su heróica constancia, que compadecidos de lo que padecia, tuvieron modo para verle, para consolarle, y para llevarle un hábito. La misma madre, que se acordó entonces de lo que se la habia pronosticado acerca de aquel hijo, no quiso hacer mas resistencia á los intentos de Dios; y disimulando la noticia que ya tenia de las medidas que se tomaban para libertarle, permitió que le descolgasen por una ventana de la torre.

Restituído Tomás á su libertad despues de una prision de casi dos años, pasó al convento de Nápoles, donde fué recibido de aquellos padres con el gozo y con el aplauso que merecia su virtud y su perseverancia. Allí hizo la profesion; pero, temerosos los superiores de que segunda vez les robasen aquel tesoro,

le enviaron prontamente á Roma, de donde el general de la orden fray Juan Aleman le llevó á París, y desde allí le destinó á Colonia, donde á la sazón se hallaba enseñando teología Alberto Magno, el mas acreditado doctor que en aquel tiempo tenia el sagrado orden de predicadores.

Bajo la disciplina de tan insigne maestro, hizo Tomás asombrosos progresos en la mas sagrada de todas las facultades; pero tan bien disimulados entre el velo de la modestia y de un profundo silencio, que sus condiscipulos le llamaban *el buey mudo*: mas no le valió el cuidado con que procuraba confirmar la opinion menos ventajosa que se tenia de sus talentos, porque se traslucia su ingenio á pesar de su humildad; y aquel imaginado buey mudo, dentro de poco tiempo fué el oráculo del mundo, y el ángel de las escuelas.

En vano se resistió á tomar el grado de doctor en la célebre universidad de París, porque se vió precisado á rendirse á la obediencia. Apenas recibió la borla, cuando le mandaron explicar el Maestro de las sentencias; lo que hizo con tanto aplauso, que en poco tiempo igualó su crédito al de su maestro Alberto Magno, y excedió al de todos los demás maestros. La gran vivacidad de su ingenio en desenmarañar lo mas intrincado de las ciencias; aquella facilidad en aclarar las dificultades mas oscuras; aquella felicidad en desatarlas; la penetracion, la erudicion y el método que se admira en todas sus obras, acreditan lo que el papa Juan XXII afirma en la bula de su canonizacion, *que su doctrina tuvo mas de infusa, que de adquirida*. Siempre daba principio al estudio por la oracion, confesando él mismo, que en las dudas que se le ofrecian, su principal oráculo era el crucifijo. Enseñó en Bolonia, en Fondi, en Pisa, en Orbieto con la misma reputacion que en París; y en todas partes dejó tanta

memoria de su heroica santidad, como de su milagrosa sabiduria.

Habiéndose desenfrenado contra las órdenes religiosas ciertos ingenios malignos, y habiéndose declarado contra la silla apostólica algunos herejes de aquel tiempo, hizo enmudecer á los unos, y confundió con sus escritos el orgullo de los otros con tanta viveza y con tan victoriosa eficacia, que desde entonces le miraron y le temieron como su mayor azote, así los disolutos, como los enemigos de la Iglesia.

A la elevada y vasta extension de sabiduria que todos admiraban en Tomás, correspondió siempre la eminencia de su heroica virtud. No era fácil encontrar hombre de mérito mas real, mas verdadero, ni mas universalmente reconocido; pero al mismo tiempo tampoco era posible hallar otro mas humilde. Cuando estaba enseñando en Bolonia, llegó al convento un fraile que no le conocia, y teniendo que comprar no sé qué cosas, le pidió que le fuese acompañando á la plaza. Hallábase á la sazón el santo con un pié muy dolorido, y estaba cerca la hora de entrar en clase, pero sin alegar una ni otra excusa, aunque tan legítimas, al punto fué acompañando á aquel buen religioso; el cual, luego que cayó en su inadvertencia, conociendo al que le acompañaba, comenzó á disculpar su inconsideracion; mas el santo se halló mas embarazado oyendo las excusas de aquel buen fraile, que en el ejercicio del acto de humildad que acababa de hacer, impelido de su singular modestia. Resistióse invenciblemente á las primeras dignidades eclesiásticas con que le brindaban, y no fueron bastantes á rendirle las eficacisimas instancias del papa para que aceptase el arzobispado de Nápoles.

La exterior mortificacion de cuerpo, y la interior sujecion de las inclinaciones del alma, no podian ser mayores. Parecia hombre sin pasiones, segun las tenia

rendidas á la razon. La dulce suavidad del genio, el tono de la voz, y la serenidad del semblante, siempre se conservaron inalterables; y á fuerza de macerar la carne, casi habia perdido el uso de los sentidos.

Aunque el cielo por especial privilegio le habia comunicado el precioso don de la castidad, no perdonaba medio alguno de los que conducen para conservar esta delicada virtud. Jamás miró á la cara á mujer alguna, y toda la vida evitó escrupulosamente cuantas conversaciones pudo excusar con este peligroso sexo.

Pero la devocion mas sobresaliente, ó por decirlo de otra manera, la devocion preferida de Tomás, fué la que profesó al santísimo Sacramento. Siempre que se llegaba al altar, y se separaba de él, lo dejaba bañado en lágrimas. Brotaban por el semblante los interiores incendios de su amor. Por órden del papa Urbano IV compuso el oficio del Sacramento con aquella tierna efusion de corazon que respira cada palabra; y no contribuyó poco á que se mandase celebrar su fiesta con tanta solemnidad en la universal Iglesia, volviendo á encender en los corazones cristianos el casi apagado fuego del amor á Jesus sacramentado.

Desde la cuna fué como el carácter de Tomás la ternura y la confianza con la santísima Virgen, mereciéndole el glorioso antonomástico dictado de *Favorecido de Maria*. Apareciósele muchas veces esta soberana Reina, y pocos dias antes de morir aseguró que nada habia pedido al Hijo por intercesion de la Madre, que no hubiese conseguido.

Seria interminable la relacion individual de las virtudes y de las maravillas de este agigantado espíritu. Fué su vida una perpetua cadena de portentos; y fué uno muy visible y que encierra otros muchos, como lo notaron los mismos sumos pontífices, el que

un solo hombre en menos de veinte años pudiese enseñar con inaudito aplauso en casi todas las universidades mas célebres de Europa; combatir y desbaratar con sus escritos los mayores enemigos de la Iglesia; convertir con sus sermones gran número de pecadores y de infieles; componer aquella prodigiosa multitud de sapientísimas obras que se pueden llamar el tesoro de la Religion; explicar con tanta precision y con tanta solidez los misterios mas oscuros de la teología; enseñar con tanta limpieza y con tanta uncion las verdades de la moral; exponer con tanta claridad en sus sabios comentarios los libros de la sagrada escritura; satisfacer tan plenamente á cuantas dudas le consultaban de todas partes, como á universal oráculo; y en medio de todo esto, dar muchas horas á la oracion todos los dias; no dispensarse casi nunca en las funciones ordinarias de la comunidad; macerar su carne con rigorosísimas penitencias, sin embargo de tener una salud debilísima: esta fué la vida de santo Tomás de Aquino.

Pero no hay que admirar, dice san Antonino, hablando de nuestro santo, que un hombre que jamás perdía á Dios de vista, y tenia frecuente conversacion con las celestiales inteligencias; que un hombre á quien tantas veces se le vió arrebatado en éxtasis maravillosos, durando algunos por espacio de tres dias enteros; un hombre á quien los apóstoles san Pedro y san Pablo dictaban con frecuencia la exposicion de sus epístolas; no hay que admirar, digo, que un hombre semejante poseyese ciencia tan profunda y obrase tantas maravillas en obsequio y en defensa de la Religion.

Esto fué lo que armó la indignacion de todos los herejes contra nuestro santo. Como á este doctor admirable se le debe aquel método regular que reina en las escuelas, á cuyo favor se desembarazan de toda

confusion las opiniones, se quita la máscara al error; sale la verdad á la luz del mediodía, y se explican los dogmas de la fe con purísima limpieza segun la verdadera inteligencia de la Iglesia y de los padres, no ha conocido la herejía mayor enemigo que Tomás; porque ningun heresiarca ha podido defenderse contra la solidez, y si es lícito hablar así, contra la infalibilidad de su doctrina.

Esta doctrina verdaderamente angélica, en cuyos elogios se han empleado tan dignamente las soberanas plumas de tantos oráculos del Vaticano, es la que el grande san Pio V reconoce por una de las reglas mas ciertas y claras de la fe, habiéndose valido muchos sagrados concilios de las mismas palabras de Tomás para la disposicion de sus sagrados cánones. ¿Qué herejía, dice el mismo papa, qué herejía no se vió desarmada por la doctrina de este santo doctor? ¿qué error puede jamás suscitarse en la Iglesia, cuyo contraveneno no se encuentre en su portentosa Suma? Cada artículo de esta obra, dice el papa Juan XXII, es un milagro. El que sigue la doctrina de Tomás, dice Inocencio V, apenas podrá errar; el que se desvia de ella, á gran peligro se expone de precipitarse.

Pero el mayor elogio de este gran doctor y de su doctrina, es lo que le sucedió hallándose en Nápoles, á tiempo que trabajaba la tercera parte de su Suma. Hallábase en oracion en la capilla de san Nicolás delante de un crucifijo, cuando arrebatado en dulce éxtasis, oyó una voz clara y distinta, que salia del mismo crucifijo, y le decia estas palabras: *Tomás, bien has escrito de mí, ¿con qué quieres que te premie?* A lo que el santo respondió: *Señor, con ninguna otra cosa sino con vos mismo;* favor que se dice le repitió el cielo otras dos veces: una en Orbieto quando compenia el oficio del santísimo Sacramento, y otra en

París cuando explicaba lo que nos enseña la fe acerca de este misterio.

Hallábase en Nápoles nuestro santo dando fin á sus últimas obras, cuando recibió orden del papa Gregorio X para que pasase al concilio general que acababa de convocar en la ciudad de Leon; y no obstante estar mal convalecido de una especie de apoplejía, cuya violencia le habia privado del sentido por espacio de tres dias, al punto se puso en camino; pero apenas llegó al monasterio de Fosa-Nova, del esclarecido orden del Cister, cuando le asaltó de nuevo el maligno accidente. Experimentó algun alivio en fuerza de los remedios que se le aplicaron, y del caritativo desvelo con que acudieron los monjes á conservar aquella preciosa vida; y aprovechándose de este paréntesis, le suplicaron compusiese una exposicion del libro de los Cantares. Condescendió el docilísimo Tomás, comenzó á trabajarla, pero no pudo concluir la, porque el porfiado accidente le volvió á asaltar con mayor y mas peligroso insulto.

Conociendo ya que se iba acercando el dichoso fin de su gloriosa carrera, se confesó, y recibió el santo viático, haciendo la profesion de la fe á vista de la hostia consagrada con lágrimas tan copiosas y tan tiernas, que las sacó tambien en mucha abundancia de los ojos de todos los asistentes; y habiendo recibido la extrema uncion con devocion extraordinaria, rindió tranquilamente su espíritu en manos de su Criador, y pasó á recibir en el cielo el premio que el Señor le tenia preparado. Fué su dichosa muerte miércoles siete de marzo del año 1274, teniendo solos cincuenta años de edad; pero tan llenos de gloria como colmados de merecimientos.

Así por los muchos milagros que obró en vida, como por los que se continuaron en su sepulcro despues de su felicísima muerte, pero mucho mas por el

mayor de todos los milagros, que fué su asombrosa vida, le canonizó el papa Juan XXII, el año de 1323, á los cuarenta y nueve años despues de muerto; y en el de 1567 mandó san Pio V que en todo el mundo católico se rezase el oficio de santo Tomás como de doctor de la Iglesia.

Fueron muchas las traslaciones que se hicieron del santo cuerpo, y en todas ellas se halló entero é incorrupto. Hubo grandes y ruidosos pleitos entre los padres dominicos y los monjes de Fosa-Nova sobre la posesion de estas inestimables reliquias, hasta que el papa Urbano V los terminó en favor de los primeros; y en virtud de la sentencia pontificia fué trasladado el cuerpo de santo Tomás al convento de Tolosa, el año de 1369. La corte de París está enriquecida con un hueso del brazo derecho, la de Nápoles con otro, y esta segunda ciudad venera y honra á Tomás como á uno de sus patronos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el monasterio de Fosa-Nova, junto á Tarracina, santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, de la órden de predicadores, ilustre en nacimiento, en santidad, y en el particular conocimiento de la teología.

En Tuburbio, ciudad de Berbería, el tránsito de las santas mártires Perpetua y Felicidad. Esta estando embarazada, segun dice san Agustin, y habiéndola el juez esperado que pariese para ejecutar contra ella la justicia, conforme á las leyes, en el parto manifestó dolor, pero habiéndola echado á las fieras, dió señas de alegría: con ellas fueron martirizados los santos Revocato, Saturnino y Secundolo; el último de los cuales murió en la cárcel; los otros fueron echados á las fieras, en tiempo del emperador Severo.

En Cesaréa de Palestina el martirio de san Eutulo, compañero de san Adrian, el cual dos dias despues

fué despedazado por los leones, y hecho tajadas con un cuchillo: este es el último que padeció martirio en aquella ciudad.

En Nicomedia san Teófilo obispo, el cual, por venerar las imágenes de los santos, fué desterrado, y murió en el destierro.

En Pelusia en Egipto, san Pablo obispo, que tambien murió desterrado por la misma causa.

En Brescia, san Gaudioso, obispo y confesor.

En la Tebaida, san Pablo, llamado el simple.

La misa del dia es en honor de este gran santo, y la oracion de la misa la siguiente.

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Thomæ confessoris tui mira eruditione clarificas, et sancta operatione fecundas: da nobis quæsumus, et quæ docuit intellectu conspicere, et quæ egit, imitatione complere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que con la admirable sabiduría de tu bienaventurado siervo Tomás iluminas á tu Iglesia, y con sus santas virtudes la fecundas; humildemente te pedimos nos des gracia, para que con el entendimiento aprendamos lo que enseñó, y con la imitacion ejecutemos lo que obró. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 7 del libro de la Sabiduria.

Oplavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me spiritus sapientie: et præposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in comparatione illius. Nec comparavi illi lapidem pretiosum: quoniam omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tamquam lutum aestimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem

Yo deseé la inteligencia, y me fué concedida; é invoqué el espíritu de sabiduría, y vino á mí: y la preferí á los reinos y á los tronos, y tuve en nada los tesoros en su comparacion. Ni comparé con ella las piedras preciosas: porque todo el oro en competencia suya es como una arena pequeña, y la plata en su presencia será reputada por cieno. La amé mas que la